



Campamento de una caravana de peregrinos griegos en Palestina.

CEREMONIAS DE SEMANA SANTA EN JERUSALEM.

NOTAS DE UN VIAJERO.

185...

I.

EL VIAJE Á BORDO.

Tengo miedo y aun horror al mareo. En la fonda en que me detuve en Marsella antes de emprender este viaje me aconsejaron que permaneciera al aire libre, y desde el primer momento me acosté en mi cabina: allí con un limón en una mano y un libro en otra procuré fijarme lo posible en la descripción de Jerusalem.

El rumor lejano de un cántico religioso vino á distraerme de mi lectura, y entonces me atreví á subir sobre cubierta. Estaba oscureciendo. Algunos jóvenes y sacerdotes reunidos en la popa cantaban el *Ave Maris Stella*. El mar estaba sereno, el cielo despejado y puro: yo no sentía molestia alguna. Un oficial del barco me dijo que aquel grupo de religiosos era una de las caravanas que casi todos los años van

á Jerusalem bajo los auspicios de la obra de los peregrinos en Tierra Santa, fundada en 1854 en París. Estos peregrinos, cuyo número se ha elevado algunas veces hasta treinta o cuarenta, tienen siempre por guía ó director un eclesiástico. En Marsella oyen una misa en la capilla de Nuestra Señora de la Guardia, donde se da á cada uno de ellos una crucecita de plata que llevan al pecho. A bordo se suele alzar para ellos un altar portátil en el fondo del salón de primera, donde todas las mañanas se celebran muchas misas. En general: su peregrinación dura sesenta días, de los cuales se consagran cuarenta á la permanencia en Jerusalem y á la exploración de la Tierra Santa. Según el convenio hecho con la compañía de las mensajerías imperiales y con un habitante de Jerusalem, el precio total de viaje, á partir de Marsella hasta la vuelta á Francia, comprendiendo la manutención, es de mil doscientos cincuenta



Interior de la iglesia del Santo Sepulcro

francos para la primera clase y de mil para la segunda, que es poco mas ó menos lo que me habria costado mi viaje de un mes, si hubiera vuelto yo solo. El precio ordinario de un billete de primera á bordo de los barcos de la compañía, comprendiendo siempre la mesa, es de quinientos cuarenta y ocho francos de Marsella á Jaffa; pero no se va mal en segunda, cuyo precio es de trescientos ochenta y cinco francos. Un jóven pintor, con quien vine de retorno, y el cual se habia acomodado en cuarta clase (123 francos), solo gastó en totalidad seiscientos francos, y habia explorado con el lapiz en la mano la Palestina y la Siria por espacio de seis semanas.

El trayecto de Marsella á Jaffa se hace en diez dias ó doce á lo mas. De paso se toca en Malta y en Alejandría.

En Malta no quise acompañar á los peregrinos y demás pasajeros á las visitas que hicieron al palacio de la *Valette*, al convento del osario de los capuchinos, á la catedral de San Juan, al palacio del Gobernador, á *Civitta Vecchia* y á la gruta de San Pablo. Ni tuve mas curiosidad en Alejandría, donde tampoco nos detuvimos mas que algunas horas. Donde sentí alguna emocion fue ante la roca de Jaffa, el undécimo dia de mi salida de Francia. Pero aun no puedo asegurar si en el fondo de mi turbacion palpita otra causa que el sentimiento de dolorosa impaciencia que se despertaba en mí mas vivamente al aproximarse al objeto.

Preciso fue pasar la noche en Jaffa. En un dia y una noche se va á caballo de Jaffa á Jerusalem por la llanura de Garon, Ramlé y el valle de Terebinto. Desde una media legua de distancia se ve la ciudad santa, aislada, circuida de murallas y solemnemente árida como el paisaje en que se encuentra.

II.

JERUSALEM EN LA SEMANA SANTA.

Jerusalem.—Hospedajes.—Una conversacion de sobremesa.

Verdaderamente me estremecí en presencia de esta célebre ciudad, y entonces habia en mi sentimiento una mezcla de esas grandes emociones que deben experimentar ante tan maravilloso espectáculo todos los hombres serios y de buena fe, atendiendo á la extraordinaria influencia que este punto de nuestro globo ejerce en los destinos humanos desde hace diez y nueve siglos.

No hubo pocas dificultades para alojarme. Me fue imposible hallar cabida en el hotel *Simeon* sobre el monte Sion: lo mismo me sucedió en el *English hotel* en la *Via Dolorosa*, y llegó un momento en que creí que el único recurso era ir á dormir bajo una tienda fuera de la ciudad; pero no tengo una edad

muy á propósito para aceptar alegremente una vida tan pastoril. Por fin tuve la dicha de hallar acomodo en el hotel cristiano ó *Mediterranean hotel*, junto á los estanques de Ecequias. Como yo deseaba seguir viviendo á mi gusto no tuve escrúpulo en dar cincuenta ó sesenta reales diarios. Desde las azoteas del hotel veia perfectamente toda la ciudad, el monte de las Olivas, la iglesia del Santo Sepulcro con sus cúpulas y la mezquita de Omar. Acaso hubiera podido acomodarme en la *Casa nuova*, que depende del convento latino; pero con razon ó sin ella mis compañeros de viaje que no eran peregrinos, me habian informado mal de aquel género de hospitalidad dudosa, pues está uno incierto sobre lo que ha de pagarse el dia de la partida.

Bien sabia yo que Jerusalem, verdadera capital del cristianismo, pertenece á los turcos; pero estaba completamente absorto, escandalizado, como si no lo supiera. ¿Qué hacen, pues, todos esos turcos alrededor del Sepulcro de Cristo? ¡Cómo! ¡Jerusalem es Turquía!

Querria yo oír á algun sabio profesor de historia explicar cómo y por qué por espacio de diez y nueve siglos, los cristianos, tan orgullosos de su superioridad sobre el resto del mundo, no han sabido nunca hacerse definitivamente dueños de su ciudad santa ni por fuerza ni por política ni de ninguna manera. ¿Ha y cosa mas rara en el mundo que el hecho de poseer los infieles esa porcion de sagrada tierra? ¿No es ella la patria de todos los cristianos? Todos los dias oigo decir: Turquía se muere de pobreza. Y bien, el momento es favorable: que se les compre la Palestina. Yo supongo que si cualquier Estado europeo quisiera dar en su fervor cristiano un solo año de sus rentas por esta adquisicion, el gran turco hallaria muy aceptable el negocio. Muy bueno es, si se quiere, defender el trono temporal del sucesor de San Pedro; pero ¿es por ventura cosa indiferente la cuna y el sepulcro de Cristo? ¿La causa de ese abandono es nuestra impotencia ó nuestro descuido? Nos alzamos en guerra contra los chinos y los cochinchinos; armamos nuestros bajeles para ir á ponerlos en razon; asaltamos y quemamos sus palacios. Esto es ciertamente muy glorioso, pero mucho mas cerca de nosotros soportamos la dominacion del turco en el suelo de nuestra patria religiosa. En verdad que somos unos hombres singulares.

Al acabar de comer un dia expresé mis opiniones con un calor que hizo reír á todos los comensales, y un señor de grandes bigotes me contestó muy seriamente:

«Los latinos, caballero, no se interesan mucho en lo que pasa por aquí, siendo mas aficionados á peregrinar por Roma ó por Nuestra Señora de Loreto, que por Jerusalem. En 1808 se quemó el Santo Se-

pulcro. ¿Quién lo restauró? ¿Fueron los latinos? No: los griegos solamente tuvieron este honor. Y ¿cuántos latinos cree usted que hay en este momento en Jerusalem como peregrinos? Ciento á lo mas, comprendiendo en este máximum exagerado sacerdotes, legos, hombres, mujeres, franceses italianos, españoles, etc. ¿Y los peregrinos griegos, cuántos son? Doce mil lo menos.

Yo no supe qué replicar.

—¿Es griego este señor? pregunté en voz baja á uno de mis compañeros de mesa.

—Sin duda, me contestó: es griego, puesto que es ruso.

¡Latino! ¡Griego! ¡Ruso! Me estravió. Seguramente se trata aquí del cisma; pero mis ideas sobre estas diferencias no son bastante claras.

Por la noche en mi cuarto consulté el libro del reverendo padre Laorty-Hadji, y hé aquí en un breve resúmen lo que me pareció mas esencial.

III.

UN POCO DE ERUDICION INDISPENSABLE.

En los primeros tiempos del cristianismo los nombres de Iglesia Latina y de Iglesia Griega no servian sino para indicar la diversidad de las dos lenguas principales que hablaba el pueblo cristiano. El papa gobernaba toda la cristiandad desde la silla de San Pedro en Roma, teniendo en Oriente por representantes dos patriarcas, uno en Antioquía y otro en Alejandría. Mas tarde el patriarca de Constantinopla reclamó el primado de honor, despues del obispo de Roma. En 857 uno de estos patriarcas bizantinos, Phocio, desconoció la autoridad de la santa silla y se la atribuyó á sí propio sosteniendo que el obispado de Roma no habia debido sus privilegios sino á la residencia de los emperadores en esta ciudad, privilegios que habian pasado legítimamente á Constantinopla, asiento ya del imperio. La Iglesia Latina, decia, ha perdido el pontificado y la supremacia, y la Iglesia de Constantinopla, que ocupaba el segundo lugar, adquiere por orden de sucesion el primero. Esta pretension fue vivamente rechazada al principio y aun vencida en apariencia, pero luego volvió á presentarse y la separacion de ambas Iglesias vino á ser definitiva en 1093. La Iglesia Rusa fluctuó largo tiempo entre la Iglesia Latina y la Griega, hasta el dia en que Pedro el Grande suprimió las funciones de patriarca y se proclamó él mismo por jefe de la Religion. Ya en nuestros tiempos (en 1833) los verdaderos griegos ó helenos declararon la independencia de su Iglesia nacional.

Ahora bien: la Iglesia de Oriente, ó por conservar su denominacion general, la Iglesia Griega está fraccionada en tres nacionalidades religiosas: los griegos

ú orientales que reconocen la supremacia del patriarca de Constantinopla; los rusos, que dependen de su emperador y los griegos ó helenos, cuyo rey y el sínodo de Grecia son los jefes supremos.

Tres puntos principales dividen la Iglesia Griega de la Iglesia Latina:

1.º La Iglesia Griega no reconoce la supremacia del papa.

2.º Los griegos comulgan bajo las dos especies, mientras que los latinos no comulgan sino bajo la especie del pan.

3.º La Iglesia Griega hace proceder al Espíritu Santo del Padre solo, y la Iglesia Latina desde el reinado de Carlomagno lo hace proceder del Padre y del Hijo.

Estas breves nociones históricas me serán muy y útiles para comprender lo que aquí pasa.

IV.

Los peregrinos en Jerusalem.—Un campan ento griego y la puerta de Belem.—Sufrimientos de las caravanas griegas.

Es muy cierto: los cristianos de la Iglesia Latina son muy escasos en Jerusalem, tan escasos que parece no haber ninguno. Bien contados apenas sumamos ochenta cristianos extranjeros en la ciudad y sometidos á la autoridad de Roma. En este pequeño número predominan los franceses y los austriacos. Me avisan que los latinos se reunirán mañana en el patriarcado: no estarán muy desahogados. Sus guias y jefes mientras las ceremonias de Semana Santa son el patriarca italiano, delegado por la santa silla y que se titula *el guardian de Tierra Santa*, el reverendísimo superior de los padres franciscanos del convento de San Salvador, el cónsul y el canceller de Francia.

Comienzo mis paseos y pregunto por todo: todo me admira é interesa.

Jerusalem está ordinariamente muy desierta, se me dice: en este momento está muy poblada: sus habitantes sedentarios son cerca de 14,000, entre los cuales hay unos mil doscientos cristianos de diversas Iglesias: el resto es de judíos, musulmanes y griegos. La Semana Santa trae peregrinos griegos de todos los países, cristianos de la Palestina y musulmanes. Evalúan la poblacion flotante que llena repentinamente la ciudad hácia el tiempo de Pascuas en treinta ó cuarenta mil.

Es en verdad un singular espectáculo esta confusion de gentes de diferentes naciones, vestidas tan diversa y miserablemente y circulando por las calles estrechas, tortuosas, desempedradas, bajo las puertas bajas, en los bazares sombríos de esta pobre ciudad santa, que yo hallaria sucia y fea, si no la considerara al través del prestigio de sus grandes recuerdos

históricos y con un respeto filial. Una madre nunca es fea para sus hijos.

Errando un poco á la ventura llegó á la puerta de Belen y á poca distancia descubrió muchos grupos de tiendas: son campamentos de peregrinos que preceden y esperan grandes caravanas. Todos los días cerca de las Pascuas se ven desfilar por el mismo paraje grandes muchedumbres de hombres, mujeres y niños que vienen de Rusia del Danubio, de la Rumelia, de Constantinopla, de la Armenia, de Siria, de las islas Jónicas, de Grecia, de la Abisinia ó de Egipto, y de otros países.

Estos cristianos griegos no tienen el menor aire del siglo XIX y demuestran el mismo fervor que los latinos tenían en lo más sombrío de la edad media. Creen que es absolutamente necesario hacer la peregrinación á Jerusalem á lo menos una vez en la vida. Casi todos son pobres gentes y emprenden este largo y penoso viaje en familia. Lástima da ver los fatigados rostros y estenuados miembros de los ancianos, de las mujeres, de las doncellas y de los niños. Casi todos traen algunas pacotillas de géneros que esperan vender en la ciudad santa. ¡Cuánto deben sufrir desde que salen de su patria! Sobre todo los que tienen que atravesar el mar deben sufrir rudamente. Se les amontona en los pequeños barcos de los marineros griegos de cabotaje, hábiles y astutos, pero que sin prisa de llegar arriban á todos los puntos del litoral donde creen hacer alguna ganancia. Imagínense los estragos que el mareo, las epidemias y las privaciones de toda clase hacen en este conjunto de desdichados cristianos: muchos de los más débiles sucumben. Y en tierra no son menores los sufrimientos y peligros. A este propósito dice un autor.

«Las caravanas cristianas marchan por orden y bajo el mando de un jefe como las grullas y las cigüeñas, cuando pasan á otros climas: van con las provisiones de viaje con los vasos y los utensilios de cocina, suspendidos á los costados de los camellos y de las mulas; son familias enteras seguidas de todo el aparato doméstico, contando por nada las fatigas de un viaje de muchos centenares de leguas, caminando desde la aurora hasta la noche á la inclemencia del tiempo, pasando las noches al raso, y cuando los víveres se agotan, comiendo lo que encuentran como las aves del cielo. No solamente los hombres robustos son los que se imponen tantas fatigas y privaciones; son débiles ancianos que no quieren morir sin ver á Jerusalem; mujeres destinadas á una vida más pacífica y niños apenas salidos de la cuna, los que vienen á hacer su aprendizaje de la vida á los caminos de la ciudad en que su Dios padeció y murió. Aunque las piadosas caravanas no se arriesgan á caminar sin armas, suelen caer en manos de los rapaces beduinos. ¡Qué de lágrimas entonces! Porque es me-

nester dinero, mucho dinero para concluir la peregrinación. Hay quien trabaja diez y aun veinte años para poder luego subvenir á los gastos del santo viaje. Y también suele suceder que una familia cristiana venga á gastar en Jerusalem el producto de los trabajos de una vida entera.»

Cuando todos estos creyentes de la Iglesia Griega llegan á los muros de Sion, tienen que pagar cuatro *paras* por cabeza en la puerta de Belen. Provisionalmente se les aloja en los conventos de su nación, pero no graciosamente, y después de cuarenta y ocho horas, cuando han dado al superior del convento como tributo de su peregrinación la mayor parte del dinero que traen, se les envía á que se alojen ellos, á sus espensas también, entre los habitantes de la ciudad. Todavía tienen que pagar por entrar en la iglesia del Santo Sepulcro, después por visitar cada una de las partes de los Santos Lugares, intra y extra-muros, y hasta por salir de la ciudad. Así que desde el día siguiente á su llegada los desdichados viajeros tienen que exhibir sus míseras mercancías para hacerse con dinero. No sé si se ha calculado aproximadamente el total de las sumas que la piedad de los peregrinos griegos derrama cada año en Jerusalem: considerable debe ser, porque además de lo que de ellas saca el fisco musulmán, hace vivir á todos los conventos y á todos los habitantes de la ciudad. Jerusalem no tiene agricultura, ni industria y vive simplemente de tales exacciones.

Los armenios son al parecer los más generosos de todos los peregrinos. Mr. Poujolat conoció á un cristiano de esta nación que había puesto en manos del patriarca griego cien mil piastras, creyendo ganar así uno de los primeros lugares en el reino de los elegidos. Ofrecense á groseros rasgos el paraíso en forma de anfiteatro como se describe en las antiguas leyendas. Hay localidades reservadas cerca de los santos en las gradas semicirculares del sacro estrado: los peregrinos compran los sitios que mejor les parecen, colocándose ordinariamente junto á su santo patrono; pero el precio de esta especie de alquiler es tanto más crecido, cuanto más cerca está el lugar reservado del trono celestial. Esto, hay que confesarlo, no es más que una odiosa superchería y hasta una infame rapiña. Debo añadir, en honra de la civilización, que el convento latino es ajeno á tan indignos manejos. Y es, sin embargo, muy pobre; sin los socorros de España y Portugal, no tendría más medios de subsistencia que la venta de las reliquias y de los rosarios benditos, fabricados en Jerusalem ó en Belen, y de los cuales remesa grandes cajas á los puertos de San Juan de Acre, de Jaffa y de Alejandría, de donde se esportan principalmente para Malta, Sicilia, España y Portugal.

La Jerusalem de mis sueños.—La Jerusalem verdadera.—La Iglesia del Santo Sepulcro.—La piedra del Santo Sepulcro.—La piedra de la Uncion.—El Sepulcro de Cristo.—El Calvario.

Cuando yo era niño, deslumbraba mi imaginación el pensamiento de Jerusalem. Muchas veces en las rodillas mi madre cerraba yo los ojos para contemplar interiormente la ciudad de Cristo, mientras ellas me leían algunas páginas de la Biblia. Veíala resplan-

decer en la gloriosa cima de una montaña, con monumentos de mármol y oro, y maravillosas columnatas, que se elevaban hasta los entreabiertos cielos, sosteniendo un templo en forma de cruz, tan brillante y espléndido que no era posible mirarlo.

Adolescente luego, me había formado una idea enteramente opuesta y más elevada aun de lo que es Jerusalem. Me imaginaba que se había respetado la sencillez, la rudeza, el carácter trágico de las esce-



Peregrinos griegos bañándose en el Jordan.

nas de la Pasión, y me parecía ver á alguna distancia de la ciudad moderna, en la soledad y el silencio, el monte Calvario, desnudo, desgarrado; el sepulcro de Cristo hecho en la roca viva, abierto, vacío; y todo este sagrado espacio del drama cristiano alternativamente calcinado por el sol ó azotado por la lluvia y los vientos, con sublimidad de tristeza en las horas de las tinieblas y sublimidad de horror en medio de las tormentas de la naturaleza. Apenas quería yo suponer, en torno de los Santos Lugares, una débil barrera para proteger contra indiscretos fervores aquellos eternos testimonios de la misión del Dios-Hombre.

¡Qué ilusiones!

—¿Dónde está el monte Calvario? dice el peregrino.

—Torced á la derecha, subid aquella escalerilla, y en el primer piso lo vereis, responde el guía.

El monte Calvario y el sepulcro de Cristo están ocultos, cubiertos de adornos de mármol ó de plata entre los muros de un edificio sin verdadera grandeza y sofocados entre el conjunto inextricable de sucias y feas casas.

El palacio del menor reyezuelo cristiano es de un acceso más fácil y de un aspecto más digno é imponente que la iglesia del Santo Sepulcro. Se me dirá: